

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

MARIANO AZUELA, CRÍTICO Y
EPISTOLOGRAFO

ESTE PREFACIO debe iniciarse con una confesión ingenua —ingenua por veraz y honrada: el doctor Mariano Azuela es uno de los escritores hispanos de este siglo que más he admirado y querido. Desde mucho antes de entablar relaciones epistolares con él, hace treinta años, ya se había ganado mi estimación y mi respeto. En mi larga vida y en mis andanzas por Norteamérica, Europa y los países indoiberos, he conocido y tratado a muchos hombres y algunas mujeres de gran talla intelectual —poetas, novelistas, cuentistas, humanistas—, la mayoría de los cuales han fallecido. En muy raras ocasiones me sentí tan cordialmente identificado con ninguno de ellos, como lo estuve con el doctor Azuela. Uno de estos insólitos casos fue don Baldomero Sanín Cano con quien mantuve diálogo epistolar, durante un cuarto de siglo, que sólo la muerte interrumpió. Por desdicha para mí, nuestras sendas nunca se cruzaron, pero conservo una setentena de cartas suyas que releo con frecuencia y me estimulan y consuelan. Más afortunado fui con el doctor Azuela.

Desde 1938 hasta unos meses antes de morir, en 1952, el diálogo vivo se reanudó muchas veces por tardes enteras en su casa de Alamo (hoy Mariano Azuela) número 242, en la colonia Santa María, en la capital de México. Era mi primera y mi última visita siempre que pasaba temporadas en aquella ciudad. A fines de octubre de 1964 volví a pasar varias horas una tarde de lluvia en la apacible soledad de su biblioteca donde tanto habíamos departido durante veinticuatro años. Fue una “experiencia” melancólica que el sosiego, el silencio y la lluvia pertinaz hicieron aún más nostálgica y añorante. Ni la frondosa bugambilia que adorna el patio ofrecía ahora la cascada de color que antaño había admirado, ni se oía la alegre algarabía de sus nietos que tantas veces había escuchado. Todo aquella tarde gris era soledad, silencio y paz, por lo que la evocación fue triste y dolorosa. Todo ahora sugería la eterna mutación y renovación de la vida. Sin la gloriosa lujuria cromática de la bugambilia ni el parloteo infantil de los nietos, ni la presencia del caro amigo, el recinto de la biblioteca se me antojaba extraño, sombrío y casi hostil...

En el doctor Azuela admiré siempre al hombre tanto o más que al escritor. Narradores de talento he conocido muchos que me han dejado profundamente desilusionado al tratarlos. Hoy más que nunca la valía intelectual se da con muchísima frecuencia en individuos de muy limitado —por no decir raquítico— rango moral. Es un signo de los tiempos que vivimos este divorcio entre la aptitud mental y la ínfima humanidad en que se encarna. Muy raros son ya los escritores dignos y probos, capaces de no claudicar ante una oferta realmente ventajosa, ya se trate de una sencilla promesa o un cheque, ya de una canonjía política, llámese ministerio o embajada. En el mundillo de tartufos y farsantes venales que forman los escritores, son rarísimos ya los que no están en pública subasta. Cada cual tiene su precio y se alquila al mejor postor.

Quiero destacar aquí la probidad intelectual y moral del doctor Azuela porque es un valor que rarísima vez señalan los críticos que de ella están horros. Por eso fueron tantas veces objeto de los dardos satíricos del narrador. Sus alusiones peyorativas a los profesionales de la crítica se cuentan por centenares. Su desprecio por los dispensadores de elogios y vituperios era infinito. Por ningún otro tipo de escritor sentía un desdén tan profundo y agresivo. Su ínsita honradez chocaba con —y se encrespaba— la ausencia de críticos bien informados y de espíritu recto y justiciero. Tenía conciencia clarísima de sus méritos tanto como de sus limitaciones, y al contrario de lo que ocurre entre escritores hispanos, jamás fue un “arribista” ni un “trepador” ni aspiró a prebendas de ningún género, ni sintió nunca el vértigo de la altura. En cierta ocasión le ofrecieron la rectoría de una universidad y la declinó. En otra, varios amigos y admiradores quisieron incorporarlo a la Academia Mexicana de la Lengua y abdicó el galardón por estimar que a la Academia de la Lengua debían pertenecer sólo los que al estudio de ella se hubieran consagrado. Vivió modesta y pulcramente del magro beneficio económico que su profesión de médico le rendía. Tocóle vivir tres etapas deplorables de la vida política mexicana; en las tres fue un rebelde irreductible y a las tres las fustigó con la sátira implacable que su patriotismo acrisolado y su limpieza de espíritu le dictaban. Aunque no alcanzara el rango intelectual de ellos, merece la definición que de Emerson nos dejó Martí: “Ni alquiló su mente ni su lengua ni su conciencia. De él como de un astro surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano”. Son muy escasos los escritores hispanos recientes de quienes puede afirmarse otro tanto.

La obra escrita del doctor Azuela se divide en tres expresiones fundamentales, aparte algunos cuentos y narraciones de escaso monto: novela, crítica y epistolografía. No incluyo la producción dramática y los guiones cinematográficos porque ambos son adaptaciones de varias de sus novelas. Todo lo que escribió tiene una insólita unidad ética, y en todo se proyecta su austera personalidad. Nunca tuvo más cabal aplicación el conocido aforismo: “el estilo es el hombre”, que en el caso de este íntegro creador Cualquiera que fuera la actividad literaria que lo ocupara —novela, crítica

o epístola—, el hombre estaba presente siempre y de cuerpo entero. Su espíritu era libérrimo y espontáneo, franco y sincero siempre. Era vehemente, recto y leal a sí mismo, aun cuando se equivocaba. Lo mismo en el elogio que en la censura era justo y candoroso. Ni el dolo ni la malicia macularon jamás su juicio. El fraude, la simulación, el tartufismo, la farsa y la mentira lo sacaban de quicio y lo soliviantaban, ya los percibiera en la política como en la literatura, en lo religioso como en el individuo, y a denunciarlos y fustigarlos dedicó miles de páginas. De ahí el ímpetu y el tono ético de toda su obra. Esta proclividad admonitoria y satírica —muy acentuada en sus novelas a partir de 1937 y el *Camarada Pantoja*—, dañó o perjudicó sus últimas narraciones. El propósito didáctico y la intención reformadora acabaron por sobreponerse a la intuición artística. Fue una evolución lamentable que el ambiente de inmoralidad y corrupción que en la vida pública predominaba le impuso.

AZUELA, CRÍTICO LITERARIO

La obra de imaginación del doctor Azuela está bastante explorada, sobre todo en los Estados Unidos, el único país en donde se estudia la literatura hispanoamericana con alguna seriedad. Más han contribuido al estudio y conocimiento de nuestra literatura las universidades norteamericanas que todas las de Hispanoamérica juntas. Ni eso han sabido hacerlo nuestros pueblos. Es una verdadera vergüenza el hecho de que un estudiante iberoamericano tenga que venir a los Estados Unidos, si desee estudiar decorosamente la producción literaria continental. Ni el programa de cursos que sobre ella se ofrece en ningún país, ni los recursos bibliográficos que en las bibliotecas universitarias y públicas existe en cada nación, permiten conocer debidamente el tema. Fuera del campo nacional, en ninguna universidad latinoamericana se puede ofrecer el doctorado en aquella otra disciplina con la competencia y los materiales bibliográficos de que disponen unas veinte o veinticinco universidades norteamericanas. El día que se publiquen las 60 ó 70 más valiosas tesis doctorales que en Norteamérica se han escrito sobre temas de literatura hispanoamericana se hará patente la verdad arriba apuntada. Por otra parte, en los Estados Unidos enseña esta materia un grupo de profesores diez veces más numeroso que el de toda la otra América sumados. La única revista consagrada exclusivamente a la investigación literaria, que en este campo se publica en lengua española, se sostiene gracias al interés de los estudiosos norteamericanos... Pero volvamos al doctor Azuela.

Para los "señoritos" que forman el ambiente literario de Hispanoamérica, el más traducido y uno de los dos o tres novelistas más prolíficos de México es conocido como el autor de *Los de abajo*. Las otras veinte o más novelas, que publicó, no cuentan y apenas tienen noticia de ellas. Pueden enumerarse con los dedos de una mano los críticos que fuera de México han leído *toda* la narrativa de Azuela con la seguridad de que sobran dedos.

Casi lo mismo podría decirse de los del patio. Pero mal que bien, las novelas de este autor empiezan a circular por todo el continente, y, aunque muy parcialmente, a ser conocidas. Lo que no se conocía y muy pocos fuera de México y los Estados Unidos sospechaban que existiera hasta 1960 —porque sólo una escasa parte se había recogido en libro—, es su labor crítica. Exceptuado el libro titulado *Cien años de novela mexicana* (1947), en el que nos da el panorama histórico de la narrativa nacional durante un siglo (1816-1916), el resto de su aportación crítica permanecía prácticamente inédito hasta 1960 cuando el Fondo de Cultura Económica lo recogió en el Vol. III de las *Obras Completas de Mariano Azuela*, la más decorosa y cuidada de todas las ediciones que del autor se han hecho en España y América. Consta este tomo de 1.288 págs. y se divide en dos partes casi iguales en extensión. Las primeras 670 págs. las integran obras de teatro, biografías noveladas y el panorama de crítica histórica ya aludido. Todos estos libros se habían publicado antes. El resto del volumen —618 págs.— es precisamente lo que más interesa al lector ya familiarizado con el hombre y su obra, porque lo integran materiales no sólo en gran parte inéditos o desconocidos, sino de máxima significación para valorar su personalidad, su idiosincrasia, su ética, su cultura, su vida, su circunstancia y su tiempo. Yo no conocía este tercer tomo y me llegó enriquecido con una cordialísima dedicatoria de la heroica y leal compañera del noble amigo, doña Carmen Rivera de Azuela.

Confieso mi afición a la literatura confesional —memorias, epistolario, diario, autobiografía, etc.—, porque busco siempre al hombre detrás del escritor. Sé bien que por lo general diarios, memorias y autobiografías, con frecuencia encubren y disimulan más de lo que revelan o desnudan, porque se escriben con la secreta esperanza de que algún día se publiquen. En estas tres expresiones el autor se mantiene casi siempre en guardia contra su propia espontaneidad y franqueza, y procura ocultar sus jorobas morales. Sólo en raras ocasiones desaparece la máscara en estas modalidades y descubrimos al hombre tal cual es. No así el epistolario, destinado a ser leído, por lo general por el destinatario únicamente. De ahí que sea un instrumento tan eficaz y fidedigno para vislumbrar y conocer la auténtica personalidad de quien lo escribe.

Estas 618 páginas finales del Vol. III, constituyen un venero inagotable de datos autobiográficos, bibliográficos e históricos de gran valor para conocer al autor y su trayectoria literaria, y al mismo tiempo revelan su actitud crítica. No hay hipérbole al decir que estas páginas representan la mejor y la única auténtica biografía de Azuela hasta ahora publicada. En ellas se autorretrata sin quererlo ni de ello tener conciencia. Nadie que sobre él quiera escribir podrá prescindir de esta rica fuente de información. Aquí asistimos al precoz despertar de su vocación literaria que parece habersele revelado tan pronto aprendió a leer. Como Franz Kafka, la primera composición literaria que de Azuela se conserva la escribió a los 16 años —igual que Kafka—, en 1889; pero a diferencia de Kafka, que destruyó

todas sus primicias, Azuela conservó varias. Las dos primeras que se conocen pertenecen a 1889, y la segunda a 1890. Dato curioso: las tres pertenecen al género narrativo. Son cuentos ingenuos y, como debe suponerse, de muy escaso mérito dada la adolescencia del autor, pero significativos porque en ellos se perfilan, no sólo la vocación novelística, sino ciertos rasgos que más tarde adquirirán carácter de constantes definidoras de su personalidad y de su obra.

La pasión de la lectura "por la libre", sin orientación ni guía, como legítimo autodidacta que a la buena de Dios lee lo que el azar le depara, se le despertó en la niñez y lo acompañó toda la vida. Aunque él no alardeaba de ello, antes al contrario, aludía frecuentemente a su escasa preparación humanística, lo cierto es que el doctor Azuela era hombre "muy leído". Desde muy temprano se acostumbró a leer en francés y en esta lengua se formó su gusto, y franceses fueron los autores que más lo influyeron en sus inicios. Flaubert, Goucourt, Daudet, Maupassant, Anatole France, Balzac, Proust y Zola fueron sus principales maestros. Por los dos últimos, sobre todo, sentía gran admiración todavía en sus años postreros, como lo demuestran las conferencias exegéticas que les consagró en el Colegio Nacional, recogidas en este Vol. III. En Balzac admiraba al genio creador; en Zola, al creador y al hombre. El mismo se define como Colón descubridor en el infinito mar de su ignorancia. De Francia pasó a Rusia, y Tolstoi, lo mismo que Dostoievski, Gorki y otros le revelaron nuevas perspectivas y horizontes nuevos. A los ingleses y norteamericanos los leyó más tarde en traducciones. Joseph Conrad parece haber sido el que más lo sedujo, entre los británicos. Es una época en que Pereda hacía furor en México, Azuela no parece haberse sentido tan atraído por él como por Balzac, Zola, Tolstoi y Dostoievski. Por Galdós, sin embargo, tenía ferviente admiración. Fue de los primeros que en América leyeron y relejeron a Proust completo, y, casi simultáneamente, a Freud.

Parodiando a Molière podríamos designar al doctor Azuela *Le critique malgré lui*, pues él no sentía vocación ni siquiera interés por esta función. Diríase que le fue impuesta por las circunstancias. El autor recibió tres altas distinciones del gobierno federal como premio a su labor literaria. Creo que fue Jaime Torres Bodet, siendo Ministro de Educación del Presidente Manuel Avila Camacho, quien creó el Colegio Nacional, y si no ando muy trascordado, el Seminario de Cultura Mexicana. El primero se compone de veinte miembros vitalicios. A él pertenecen las figuras de mayor rango en las letras, las artes y las ciencias del país, y su nombramiento implica no sólo un máximo galardón y un reconocimiento oficial, sino que lleva aparejada una generosa subvención vitalicia también. A cambio de ella, el beneficiario debe dictar un cierto número de conferencias cada año sobre temas de su competencia. Tal fue el origen del libro *Cien años de novela mexicana* y de otras muchas disertaciones críticas que en este Vol. III se reúnen. El doctor Azuela fue incorporado también al Seminario de Cultura Mexicana. Por último, en 1950, se le concedió el Premio Na-

cional de Ciencia y Artes (50.000 pesos) que otorga el Presidente de la República, el más codiciado y prestigioso lauro que en el país se otorga.

En 1948 consagré unos comentarios críticos a *Cien años de novela mexicana* que en 1951 incorporé en el libro *Trayectoria de la novela en México*. Esto me exime de volver sobre el tema. Al reproducir aquella reseña en el libro citado, le añadí este colofón aplicable a toda la tarea crítica posterior que el novelista realizó:

Se reproduce aquí esta acotación marginal por tratarse de un libro de excepcional importancia para la cabal interpretación de la obra tanto como de la personalidad humana del autor. El exégeta de la novela azuelista encontrará en estas vibrantes y sinceras páginas la doctrina que guía al autor, su concepto del arte de novelar y sus gustos como lector expuestos con deliciosa ingenuidad y franqueza. Como en cualquiera otro de sus libros —y más que en ninguno— se descubre aquí al hombre probo y justo, al alto valor humano que tras el creador se esconde. Es, pues, un auxiliar indispensable para la recta valoración de ambos —el novelista y el hombre.

El propio doctor Azuela nos advierte, en el prefacio de *Cien años de novela mexicana*, que ni él es crítico ni historiador, ni didáctico su propósito. El no concedía importancia ninguna a sus exégesis literarias, y no obstante, la tenían, y muy destacada por cierto. No creo que haya exageración al decir que este libro es el panorama histórico de la narrativa mexicana hasta 1916 más original, penetrante y sincero que posemos. Refiriéndose a él, dice su autor en el prefacio:

Clasifíquese como se quiera, no es en realidad más que la expresión fiel de mi pensamiento, de mis aficiones y de mis gustos personales. No habría trazado una sola de estas líneas si se me hubiera puesto en el caso de hacer crítica literaria.

.....

Me coloco en el plano del lector ordinario que lee y da la impresión de lo que lee, despreocupadamente y sin cuidarse de pareceres ajenos. Como lector tengo la manga muy ancha: dos veces he leído la obra completa de Marcel Proust y hace treinta años no puedo acabar el *Ulises* de James Joyce. En cambio no cuento las veces que leí *Gil Blas de Santillana* y *Los tres mosqueteros*.

Esta espontaneidad y esta franqueza, sin eufemismos ni disimulos, chocaban con el ambiente farisaico y convencional, simulador y mendaz que prima en los corrillos literarios y en los cotarros de los periódicos ricos —todos más clericales y mercadeables hoy que en la época porfirista. El

doctor Azuela se mantuvo siempre desdeñosamente alejado de esta atmósfera de trápala, falsedad y camándula, por la cual sentía honda repugnancia. No ha existido en México ni en América escritor más señero ni más independiente y probo. Por su parte, el ambiente le correspondía con el silencio hostil o con menciones displicentes —cuando no francamente peyorativas. Era una especie de tregua o paz armada; pero acabó imponiéndose a los farsantes. (El talento, respaldado por la energía y la honradez, tarde o temprano, triunfa siempre). No sólo es Azuela el más traducido y comentado en el extranjero de todos los narradores mexicanos, sino el más laureado. Hasta el mundo oficial que tanto había vapuleado le rindió los más altos homenajes que puede dispensar.

Todo lo dicho hasta ahora es aplicable a los ensayos críticos que en este Vol. III se recogen. Sus estudios de Balzac, Zola, Proust y Pérez Galdós cuentan entre los análisis más agudos y dilucidantes que en América se han escrito sobre tan eminentes figuras. No importa lo que él pensara de la crítica —y de los críticos—, y menos aún hay que tomar en cuenta su renuencia a que se le concediera rango de crítico. Crítico, y de muy alta calidad, era el doctor Azuela, original y novedoso siempre, porque no tomaba en cuenta los convencionalismos y juicios ajenos, sino que opinaba ingenua, libre y francamente como simple lector que reacciona y piensa con lucidez y perspicacia. Esa es la gracia, el encanto y la originalidad de sus reflexiones y discernimientos críticos. En ningún otro comentarista encontraremos la frescura, la veracidad, la especie de inocente candor y virginidad de juicio que descubrimos en las paráfrasis despreocupadas de este eterno rebelde. En un ambiente y en una época en que la simulación y la mentira, la gazmoñería y la venalidad estaban de moda y pervadían la política y la prensa, la iglesia lo mismo que el ambiente intelectual, el doctor Azuela se mantenía impávido en su austero aislamiento, sin claudicar ni apostatar. En tanto críticos tan finamente dotados para el ejercicio de este ministerio como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Antonio Castro Leal, etc., se refugiaban en la crítica histórica y no osaban emitir juicio alguno sobre la realidad político-económica o social del país, Azuela la denunciaba con insólito coraje. Tampoco omite el estudio de sus contemporáneos. Prueba de ello son las sendas conferencias que en el Colegio Nacional consagró a Martín Luis Guzmán y a José Vasconcelos. A este último lo proclama “el más grande novelista de México”, generosa exaltación a la que Vasconcelos no era acreedor. Bien ganados tenía otros títulos tales como apologista de Franco y Perón, valedor y propagandista de Hitler, injuriador de Hidalgo, Morelos, Juárez, y otras glorias nacionales, defensor del clericalismo, etc. La reacción clerical mexicana y los intelectuales con ella comprometidos se empeñan en reivindicar el prestigio de Vasconcelos. No pertenecía a esta ralea el doctor Azuela, mas por razones que en otra ocasión expliqué, aceptó la clasificación que de Vasconcelos había hecho Xavier de Villaurrutia al proclamar que su obra toda era una gran novela. Pero Vasconcelos no sólo no era el primero sino que no

era novelista más que en el sentido que Villaurrutia empleó el término —el de falseador y adulterador de la realidad. Mucho más artista que Vasconcelos es Martín Luis Guzmán. Por eso ha sido mucho más traducido y comentado fuera de México.

He mencionado hasta ahora los ensayos críticos más extensos del narrador. Complemento de ellos son otros más breves, pero igualmente sagaces. Las "estampas" que de Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, como novelista, Angel de Campo (Micrós) y unos quince o veinte bocetos más, si más breves, son igualmente penetrantes y lúcidos. Del ensayo sobre Nervo son estas líneas típicamente azuelistas. En ellas, como en tantísimas otras ocasiones, Azuela enristra despiadado contra los ganapanes de la pluma, turiferarios sin dignidad ni honradez en quienes sus dardos hacían blanco infalible. Todos se reconocían en las goyescas caricaturas y lo hacían objeto de su odio tácito y sus comentarios envenenados en privado.

En círculos de *snobs* y en algunos cenáculos literarios Amado Nervo no está de moda. Se comprende: hay figuras que tenemos que apartar de nuestro lado porque su magnitud y grandeza nos empequeñecen y nos relegan a la sombra. Porque pocos son en el mundo los que se resignan con su mediocridad o con su indigencia (p. 730).

Y en la p. 733, completa la idea con varias metáforas eficaces y poéticas a la vez:

Pocos son los cuerpos suficientemente perfectos para exhibirse desnudos sin el menor impudor; pero más raras son las almas que pueden desnudarse totalmente con absoluto decoro. Y los deformes aborrecen el desnudo y huyen de la luz. Y aman las sombras donde todos los gatos son pardos.

EPISTOLOGRAFÍA

El acervo epistolar que en este libro se recoge representa un complemento indispensable para el estudio y cabal comprensión del doctor Azuela —el creador tanto como el hombre. Aparte del valor sicológico que esta correspondencia encierra, en ella encontrará el estudioso y el investigador un venero de información sobre la vida y la obra de su autor que no se descubre en ninguna otra fuente. Pero antes de hablar del epistolario creo oportuno y justo decir unas palabras sobre el abnegado espíritu que hizo posible este libro.

Como José María González de Mendoza, Enrique Munguía y Gregorio Ortega, en vida del autor, la señora Beatrice Berler, de San Antonio, Texas, es una auténtica benefactora de la gloria literaria póstuma del doctor Azuela. En colaboración con la profesora Frances Kellam Hendricks, tradujo al inglés en 1963 dos de las más importantes novelas de Azuela: *Los de abajo*

(que ya se había traducido hace unos treinta y cinco años), y *Las tribulaciones de una familia decente*. Con la misma colaboradora adaptó la segunda de las obras mencionadas para ser usadas como texto en las clases de español en los Estados Unidos. Por último ha escrito un interesante artículo sobre el galeno novelista que pronto aparecerá. La señora Berler es un buen ejemplo de un tipo de mujer noble y bastante común en los Estados Unidos, pero escasamente conocido en la América nuestra. Es generosa y entusiasta, y la asiste un tremendo dinamismo. Es una apasionada admiradora del doctor Azuela, y al servicio de este fervor ha puesto su enorme capacidad de trabajo, su energía, su esfuerzo y hasta su peculio. (Estoy seguro de que esta devoción por el autor de *Nueva Burguesía* le ha costado varios miles de dólares ya, sin la más remota esperanza de recuperar ni siquiera una mínima fracción de los gastos hechos). La preparación de este libro ha representado para ella una fatigosísima tarea epistolar desde hace unos tres años, y no pocos viajes a México. Por desdicha, no todos los corresponsales del doctor Azuela que aún viven, o los descendientes de los ya fallecidos, han colaborado en este desinteresado y meritorio empeño. Muchos ni siquiera se han dignado acusar recibo de sus cartas. La suya ha sido una obra de amor, abnegación y sacrificio que merece la gratitud y hasta la admiración de cuantos por la gloria de Azuela se interesan. Gracias a la diligencia y desprendimiento de esta enérgica y optimista mujer, tendremos una magnífica colección de epístolas azuelistas o a él dirigidas que completan las fuentes de conocimiento para el estudio del notable narrador.

Este epistolario —ya se indicó—, es incompleto. De esta falla es en parte responsable el propio doctor Azuela, quien no obstante escribir a máquina siempre, rarísima vez dejó copia de sus cartas amistosas, que son las más y de mayor interés. Cierta grado de responsabilidad le incumbe también a sus hijos, que no parecen haberse preocupado gran cosa por conservar intacto el mal ordenado archivo de su ilustre padre. La verdad es que el doctor Azuela era bastante despreocupado, y la escasa o ninguna importancia que concedía a su correspondencia lo convertía en un pésimo archivero. De cierto gran escritor mexicano me decía en una ocasión un colega del patio que era “el más diligente jardinero de su propia gloria que jamás se había producido”. No puede decirse otro tanto del doctor Azuela. El nunca pensó que sus cartas pudieran interesar a nadie y menos aún que algún día serían publicadas. Luego viene la falta de cooperación de no pocos de sus corresponsales —o de sus descendientes—, ya aludida. Por último, Azuela no parece haber llevado un “directorio” o registro con los nombres y direcciones respectivas de sus corresponsales —o por lo menos no se ha encontrado. Esto ha dificultado enormemente la tarea de la compiladora, porque es imposible saber hoy el nombre de todos los destinatarios de sus cartas —sobre todo los extranjeros. Tales son los motivos que han impedido a la señora Berler completar el repertorio, a pesar de sus infatigables pesquisas.

Muy lamentable es, por ejemplo, la pérdida, al parecer total y definitiva, de la correspondencia cruzada entre el doctor Azuela y su conterráneo, José

López Portillo y Rojas, notable figura literaria y persona de gran prestigio en la era porfiriana. Era hombre rico, culto, buen cuentista y novelista, director de la Academia Mexicana de la Lengua, embajador de don Porfirio y luego ministro de negocios exteriores. Las relaciones epistolares entre ambos fueron prolongadas. Sin embargo, no se ha podido encontrar una sola carta de ninguno de los dos. Tampoco se ha localizado copia de la carta de Azuela a Valery Larbaud, agradeciéndole el prólogo a la edición francesa de *Los de abajo*. Dada la admiración de Azuela por Valery Larbaud, es casi seguro que ésta fue una de las cartas más esmeradas e interesantes que escribió. Y como estos dos casos, muchísimos otros que el lector podrá corroborar. De lamentar es también el hecho de que se hayan perdido otras muchas cartas a él dirigidas. Pienso, especialmente, en las de José María González de Mendoza, hombre culto, probo y digno por quien tan alta estimación sentía el doctor Azuela.

Todo lo supradicho respecto al autor y su tarea de crítica y creación es aplicable a su epistolario. El doctor Azuela no hacía jamás lo que Paul Verlaine llamaba peyorativamente "literatura". Decía lo que tenía que decir con el mínimo de palabras posible. No existe en el orbe hispano un novelista de más lacónico estilo. No es que su léxico fuese pobre, sino secuela directa de su teoría de la novela y de su concepto de la forma. Al lenguaje académico, campanudo y retórico de los narradores hispanos en general, del cual es máximo —y pésimo— ejemplo en México, Federico Gamboa, opuso el doctor Azuela la lengua popular que un siglo antes había empleado con gran eficacia José Joaquín Fernández de Lizardi, y unos cuarenta años más tarde, Luis G. Inclán. Azuela tenía un inusitado dominio del popularismo lingüístico mexicano, lo mismo de la rica variante jalisciense que de la de la capital federal y otras regiones. Ni siquiera la jerga del ambiente criminoso de los arrabales federales le era desconocida. De ahí el valor como documento filológico y lingüístico de sus novelas. Nadie en este siglo ha prodigado tanto la parla vulgar mexicana, ni tan acertada y eficazmente como este narrador. Esta preferencia por la dicción popular tiene en su obra una doble intención y significación: semántica, una, y psicológica la otra. El expresivismo o ruda elocuencia de la lengua popular mexicana es sencillamente asombroso. Una frase, un modismo, una expresión refranesca vale por una parrafada adjetivosa y pedante. Azuela amaba esta concisión tan pintoresca, tan autóctona y tan gráfica, y la prodigaba con gran vigor. La idiosincrasia de sus personajes se define y se retrata en los modos expresivos que emplean.

Como puede suponerse, tanto en su labor expositiva y crítica como en su correspondencia, el autor omite casi totalmente la mexicanidad léxica con que los protagonistas de sus novelas se definen. En estas dos manifestaciones literarias predominan la sobriedad y la corrección de la lengua común y corriente en todos los pueblos hispanos, sin pedanterías preciosistas y sin amaneramientos ni pujos de originalidad. La recia originalidad del estilo azuelista consiste precisamente en la lealtad a sí mismo, en la sencillez y naturalidad, en la total y absoluta identificación del hombre que habla y el

que escribe. Entre su elocución y su estilo epistolar no existe más diferencia que la del órgano perceptor —auditivo en un caso y visual en el otro. Dicho queda con esto que la epistolografía del doctor Azuela tiene una importancia psicológica capital para conocerlo e interpretarlo. Ya en la primera carta de esta colección, escrita en 1898, siendo todavía estudiante de medicina, encontramos una sentencia que lo retrata de cuerpo entero. Expresa un concepto que se convirtió en divisa o lema —del hombre tanto como del artista—, durante toda su vida. Escribiendo a su tío, José María Azuela, dice: [...] “por mi parte prefiero la verdad a todo”. En otra dirigida a quien esto escribe el 8 de junio de 1939, expresa otra idea fundamental de su filosofía de la vida: “Sobran los intelectuales a medida que se hacen rarísimos los hombres honrados. Y por raros infinitamente más estimables”. En carta a Waldo Frank, fechada en agosto de 1933, no titubea en denunciar la ausencia de probidad y decoro de un cuantioso sector de la intelectualidad mexicana: “Unos, alquilados a los hombres del poder, tienen que pensar con el cerebro del que les paga...”. He aquí una confesión íntima, de índole cultural, muy importante para conocer la formación literaria del autor, sus gustos y preferencias. La encontramos en una carta a González de Mendoza del 1º de septiembre de 1928. Se refiere a la traducción al francés de *Los de abajo*, y añade: “Por consiguiente me dolería que a la lengua que más amo después de la mía, a la que le debo mis mejores horas de emoción de arte, no se hubiera traducido”. Y así otras muchas expresiones de su honda sinceridad, de su integridad acrisolada, de su espontaneidad que no se disfraza con eufemismos ni simulaciones. Léanse, por ejemplo, las cartas a José María González de Mendoza, acaso las más interesantes y reveladoras. La mayor parte de ellas fueron escritas cuando aún no se conocían personalmente, pero como en ambos prevalecía un profundo sentido ético y perfecta caballerosidad, el “descubrimiento” recíproco fue instantáneo tan pronto se estableció el diálogo o contacto epistolar. Por González de Mendoza sentía el doctor Azuela una estimación que muy pocos intelectuales mexicanos le inspiraron. Pudo admirar más, literariamente, a otros, quizás, pero de ninguno le oyó hablar nunca con mayor aprecio. Fácilmente podría demostrarse lo que digo, estableciendo un cotejo de las cartas compiladas en este volumen.

De la agotadora tarea realizada por la señora Berler es testimonio muy exiguo el cuantioso cúmulo de notas explicativas que acompañan los textos aquí reunidos. Estas acotaciones sólo representan el quehacer final —el menos tedioso y frustrador. Agradecemos a esta empeñosa y decidida mujer norteamericana esta valiosa indagación que ningún escritor de nuestra lengua ha sido capaz de realizar con la cual tanto ha contribuido al conocimiento de una de las más legítimas glorias literarias de México.

25 de octubre 1966.

Doctores María del Carmen Millán y
Huberto Bátiz
Universidad Nacional Autónoma
México 20, D. F.

Distinguidos colegas:

Les escribo en su respectiva capacidad de Directora del Centro de Estudios Literarios y Director General de Publicaciones de esa Universidad, y en relación con la publicación del Epistolario y Archivo de Mariano Azuela que ha recopilado la señora Beatrice Berler, de San Antonio, Texas.

Cuando la señora Berler me invitó a prologar su libro, acepté gustoso la encomienda porque se trataba de un autor muy admirado y querido por mí, y de un esfuerzo noble y generoso gracias al cual se completarán las fuentes de conocimiento para el estudio del gran novelista. Ustedes han leído las páginas que al respecto escribí y saben la alta estima en que tengo la labor realizada por la señora Berler. Ahora bien, tengo la impresión de que lo que en ese prólogo digo respecto a José Vasconcelos (p. 9-10) ha causado una impresión poco grata. Lo que allí digo es rigurosamente cierto y no está fuera de lugar, puesto que en varias cartas de Azuela a mí dirigidas y otras mías se toca el tema. Las razones que Uds. puedan tener para impugnar lo que ahí digo pueden ser muy atendibles y poderosas, y yo las respeto, pero nada tienen que ver con la verdad histórica que yo en ningún momento vulnero. Los altos cargos que Vasconcelos ocupó no pueden ocultar su vituperable conducta durante los últimos veinte años de su vida. Los cargos jamás dignifican ni hacen respetable a un hombre. Antonio López de Santa Ana fue presidente en varias ocasiones y no por ello dejó de ser un fullero, un grandísimo ladrón y algo peor. Muchos asesinos se han ceñido tiara pontificia y no por eso dejaron de ser asesinos. En fin, no es mi propósito defender ese prologuillo y mucho menos impetrar su aceptación. Muy al contrario. Lo que vengo a rogarles a Uds. es que no permitan que mis páginas interfieran en lo más mínimo con la publicación del libro. El libro tiene un gran valor en sí mismo y constituye una indispensable contribución a los estudios de literatura mexicana —cualesquiera que sean los méritos del prólogo o del prologuista que lo presente. Si, como parece, el prefacio no es aceptable en la forma en que lo escribí, con meterlo en un sobre y devolvermelo queda resuelto el problema. Esto me apenaría, no por mí que he escrito probablemente más que ningún otro crítico sobre Azuela, sino por la señora Berler a quien he tratado de ayudar con orientaciones y consejos. (Ella se había encariñado con la idea de que fuese yo quien la apadrinara y avalara su magnífica tarea). Pero ni yo ni mi prologuillo contamos. Lo importante es el libro y el esfuerzo que su recopilación representa.

Perdónenme Uds. la sugerencia que me voy a permitir en beneficio del libro, de la gloria de Azuela, y en obsequio de la propia señora Berler. Creo

que un libro de esa índole no debe publicarse sin un prefacio explicativo y valorizador —máxime cuando el recopilador es un extranjero y el libro ha de venderse en varios países. Doy por desechado mi preliminar, pero me creo casi en el deber de sugerir el nombre de quien en mi opinión podría escribir otro con máxima autoridad y sin esfuerzo ninguno. Entre el señor José María González de Mendoza y yo median discrepancias ideológicas que impiden una total y recíproca identificación, pero este detalle no disminuye en un ápice mi alta estimación por él. Lo que en otros aborrezco porque es pura farsa, simulación y tartufismo acomodaticio, en González de Mendoza lo respeto y hasta lo considero una virtud —la virtud de la sinceridad. No hay nadie en México más familiarizado con la obra de Azuela ni con este Epistolario en cuya confección y organización final ha intervenido de modo decisivo y provechoso que J. M. G. de M. El podría escribir con gran competencia y sin tener que leer una sola línea para llenar tal cometido el prefacio que el libro requiere. En carta a él dirigida el 29 de julio anunciándole el envío de mi prólogo, le decía con absoluta sinceridad: "Sin halagos ni falsa modestia creo que debió ser Ud. el prologador de este libro, y eso habría salido ganando la obra tanto como la gloria del noble amigo común". Andlogo parecer he expresado en varias ocasiones a la señora Berler. Hoy se lo repito a Uds. Mi bien conocida devoción por el Dr. Azuela y el desco de que ese Epistolario aparezca amparado y avalado por una persona de autoridad me inducen a incurrir en esta impertinencia que —repito— confío me será perdonada.

Ruégoles devolverme el original mío a la siguiente dirección:

885 Levering Ave., Apt. 701
Los Angeles, California 90024

De Uds. atto. s. s.
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

NOTA: Publicamos la presente carta a pedido de su autor porque él estima que aclara su estudio sobre

Azuela y sus alusiones a Vasconcelos (N. de la D.).